

Aquí el maestro es padre,  
 No cómplices del vicio, sino hermanos  
 Los jóvenes alumnos; reconocen  
 A título de hidalgos y cristianos,  
 Todos un solo Dios, un Cristo solo,  
 Común madre en María,  
 La santa fe por regla de su mente,  
 De Dios la ley por guía,  
 Por ángel tutelar, luz y modelo  
 Al gran Doctor de Aquino,  
 Y la gloria del cielo por destino.

### José Ignacio Trujillo

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ha hecho dolorosa pérdida con el fallecimiento, ocurrido el 2 Noviembre pasado, del señor doctor JOSÉ IGNACIO TRUJILLO, hijo, consiliario y benefactor suyo.

Nació el doctor TRUJILLO en Bogotá, el 4 de Febrero de 1833, de padres de limpia y cristiana estirpe. De ellos aprendió la fe católica, que no se oscureció jamás en su mente, y aquella cultura exquisita, propia de los viejos santafereños, tan natural, tan blanda, tan ajena á toda afectación. Eso tenía de bogotano, pero no la timidez propia de sus conterráneos, ni aquel apego irresistible á las calles de la ciudad natal. Si ha habido hombre emprendedor en Colombia, lo fue el doctor TRUJILLO, quien pasó la mitad de su vida viajando por América y Europa. Los últimos veinte años se recogió en su casa, y nadie quería creer que aquel señor tan reposado hubiera recorrido medio mundo y sido el héroe de tan variadas empresas.

Porque él estudió de muchacho jurisprudencia y medicina, fue soldado valerosísimo y militó al lado de Julio Arboleda, hasta obtener el grado de coronel efectivo; fue periodista político, en Costarrica, secretario general del Presidente Guardia, ministro plenipotenciario de aquella Na-

ción ante el gobierno francés, y aquí en Colombia, con excepción de la presidencia de la república, ocupó todos los puestos á que un político puede aspirar. No le movieron nunca en su carrera la ambición y la codicia; y el diplomático y escritor costarricense don Manuel M. Peralta, compendió la biografía del doctor TRUJILLO en estas frases: "No hay una mancha en las páginas de su historia, entre las cuales no hay una sola en blanco. Las del doctor JOSÉ IGNACIO TRUJILLO están llenas, bien llenas y escritas con la tinta celeste del firmamento. Su vida, Plutarco la podría trazar con lapizlázuli sobre un papiro antiguo."

Fue también el doctor TRUJILLO poeta, si no de los mayores, no de los últimos, en aquella generación que floreció de 1860 en adelante. Su colección de versos, publicada en París en 1873 y desconocida casi por entero de la juventud actual, basta y sobra para justificar una reputación. Como traductor de poetas extranjeros raya muy alto, y en sus composiciones originales hay sentimiento, delicadeza y buen gusto.

Al Colegio del Rosario, cuya beca vistió de mozo, y en cuyas aulas cumplió su educación literaria, profesaba el doctor TRUJILLO aquel cariño filial que le han tenido siempre todos sus buenos hijos. Desde 1891 fue nombrado consiliario del colegio y desempeñó aquel cargo hasta el último día de su vida. Allí pudimos apreciar las dotes de firmeza, prudencia y laboriosidad del ilustre anciano; su conocimiento de los hombres y del mundo, su dón de consejo. No contento con servir gratuitamente á su amado colegio, le hizo donaciones muy valiosas en obras para la biblioteca y en ornamentos y útiles para la capilla. En ella se celebraron sus funerales de cuerpo presente, y ocho días después las honras dispuestas por el claustro.

A nosotros nos honró con su amistad, nos encantó con su trato, nos acompañó en horas difíciles y amargas.

Amó á Dios, á cuya voluntad se sometió como un santo en los dolores de los últimos años de su vida, sirvió á la

patria y dejó honda huella de su labor; murió abrazado á la cruz redentora. El Colegio del Rosario nunca pondrá en olvido su memoria.

R. M. C.

## OREMOS POR NUESTROS MUERTOS

(ARMONÍA RELIGIOSA)

*¡Bienaventurados los muertos!*

BOSSUET

Muertas caen las sueltas hojas  
Sobre un césped sin verdor;  
Cruza el viento el valle umbrío  
Con susurro gemidor;  
La viajera golondrina  
Turba la onda cristalina  
Con sus alas al pasar,  
Y, con su haz, de la montaña  
El anciano á su cabaña  
Baja lento á descansar.

Ya del alba nacarada  
No murmura el aura en pos,  
Y el crepúsculo se pierde  
En las aguas sin color.  
Por el mudo mar vacío,  
Vasto piélago sombrío,  
Ni un bajel se ve cruzar,  
Y en la playa solitaria  
Sorda queja funeraria  
Van las olas á exhalar.

El cordero entre las zarzas  
Su vellón dejando va,  
Y la oveja, del collado  
Cruza hambrienta el erial.  
Ya la flauta campesina